

¿Estuvo Nixon implicado?

Los asesinatos de John y Robert Kennedy:



Basándose en datos proporcionados por el Departamento de Justicia, la revista «Time» ha afirmado recientemente que Nixon recibió en 1973 un millón de dólares por poner en libertad al famoso gángster Jimmy Hoffa. Lo que podría servir de hilo conductor para esclarecer los asesinatos de los Kennedy. El dibujante satírico que hizo esta composición fotográfica quizá no andaba descaminado.

Nuevas hipótesis

Eduardo de Guzmán

A comienzos del pasado mes de agosto, la revista «Time» publicó una sensacional información: basándose en datos proporcionados por el propio departamento de Justicia, el semanario afirmaba que en 1973 el entonces presidente de los Estados Unidos, Richard M. Nixon, recibió un millón de dólares en billetes por conceder la libertad a un «gangster» famoso: James Riddle Hoffa, dirigente un día de la International Brotherhood of Teamsters, el poderoso sindicato de camioneros, largo tiempo controlado y dirigido por el Sindicato del Crimen.

LA sensacional información del «Time» añade y precisa una larga serie de extremos tan sorprendentes como escandalosos. El dinero recibido por Nixon procedía del actual presidente de los «teamsters», Frank Fitzsimmons, quien ordenó a Anthony Provenzano, dirigente del sindicato en New Jersey, que llevase medio millón de dólares a un enviado de Nixon que fue a recogerles a un hotel de Las Vegas en los primeros días de enero de 1973. Semanas más tarde otro medio millón, también en billetes, era entregado a otro secretario del Presidente, también en Las Vegas, en esta ocasión por un dirigente del citado sindicato en Chicago. A cambio de este dinero, Nixon conmutó la pena de trece años de prisión a que Hoffa había sido condenado en 1971 como consecuencia de un largo proceso iniciado catorce años atrás por una famosa investigación senatorial.

Según las fuentes gubernamentales que «Time» señala, el millón de dólares en efectivo recibido por Nixon a cambio de la excarcelación de Hoffa, tiene que ser el mismo a que el ex presidente hace referencia en una de las cintas magnetofónicas de la Casa Blanca sobre el asunto Watergate. Dicha cinta, una de las más graves acusaciones contra el depuesto jefe de Estado, contiene una conversación entre Nixon y su consejero y ministro John Dean. Al comunicarle éste las exigencias de dinero por guardar silencio de los famosos «fontaneros» que habían allanado el cuartel general demócrata en Washington, Nixon replica que no habría problemas con el dinero, porque sabía dónde encontrar un millón de dólares. Aunque no parece que este dinero llegara a utilizarse entonces,

ahora el Departamento de Justicia piensa interrogar sobre este punto concreto a los más directos colaboradores y cómplices de Nixon en el escándalo Watergate —Mitchell, Haldeman y Ehrlichman— que cumplen largas penas de presidio, de las que se libró el propio ex presidente al ser indultado por su sucesor en la Casa Blanca, Gerald Ford.

Veinticuatro horas después de publicada la acusación, Nixon se apresura a negarle todo fundamento. En una rueda de prensa celebrada en San Clemente (California) su secretario y portavoz, Jack Brennan, dice a los informadores que «es totalmente falso que los camioneros pagaran un millón de dólares en 1973 al entonces ocupante de la Casa Blanca». Por desgracia para él, la opinión pública americana no cree una sola palabra de cuanto Nixon pueda decir, luego de sus abundantes mentiras y embustes en el asunto Watergate, que determinaron su expulsión de la presidencia de la nación, caso único, sin precedentes en toda la historia de los Estados Unidos. El escándalo y la investigación siguen lógicamente adelante, aunque Frank Fitzsimmons por su parte, y conforme podía esperarse de antemano, haya

negado también con aire indignado que jamás se le pasara siquiera por la imaginación la idea de sobornar a Nixon.

Parecería lógico y obligado interrogar también al principal beneficiario de la escandalosa operación. No es posible hacerlo por una razón fundamental: que en el mes de julio de 1975, unos meses después de la deposición de Nixon, cuando Hoffa cenaba en un lujoso restaurante de Detroit, desaparece sin dejar rastro. Aunque la policía ha fracasado en el intento de descubrir su paradero, no parecen existir dudas posibles acerca de su final. James Riddle Hoffa, a quien las gentes conocen por el remoquete de «Tough Hoffa» (Hoffa el Duro), sabe demasiado y es un peligro para alguien que le silencia definitivamente. Si ahora se habla del millón de dólares pagado a Nixon para su liberación, es como consecuencia de las investigaciones realizadas precisamente para aclarar su desaparición.

Esto es lo que confiere al asunto su máxima gravedad. Porque si tiene importancia y trascendencia que un presidente americano reciba dinero por excarcelar a un gangster, lo sensacional del asunto aumenta cuando ese

TRAS VER RECHAZADOS TODOS LOS RECURSOS LEGALES

EL MÁS FAMOSO DIRIGENTE SINDICAL NORTEAMERICANO, INGRESA EN PRISIÓN

Indiscutible jefe de un millón y medio de camioneros, gritó a los periodistas a su partida: «¡Volveré!»

LA POLICÍA PROTEGE LA RESIDENCIA DE ROBERT KENNEDY, UNO DE LOS QUE MÁS TRABAJO PARA ENCARCELARLE

Titular —del 8-III-1967— que da cuenta del ingreso en prisión de Jimmy Hoffa, y las amenazas recibidas con ese motivo por Robert Kennedy.

individuo excarcelado puede ser la pieza clave en el asesinato de John Kennedy en 1963 y de su hermano Robert, aspirante a la Casa Blanca, en 1968.

¿INVESTIGACION O ENCUBRIMIENTO?

Es tan asombroso como significativo que en estos momentos —transcurridos catorce años de la primera tragedia y nueve de la segunda— sigamos sin saber de una manera clara e indubitable quiénes mataron a los dos Kennedy y

qué finalidades perseguían con ambos crímenes. Oficialmente se dijo que el magnicidio de Dallas fue obra de un individuo inestable y perturbado llamado Lee H. Oswald, al parecer el único comunista conocido y fichado por la policía de la ciudad tejana, y que Sirham Sirham, el asesino de Robert, era un fanático palestino deseoso de llamar la atención mundial sobre la tragedia de su pueblo. Pero si en ningún momento parecen plenamente satisfactorias las explicaciones policiacas respecto a ambos hechos, las dudas aumentan a medida que

pasa el tiempo, de modo y manera que una mayoría niega hoy que las personas inculpadas sean los verdaderos culpables; en el mejor de los casos, pudieran ser los únicos implicados en las criminales conjuras. Por otro lado, justificando toda clase de recelos y desconfianzas, a Lee le asesina en la propia jefatura de policía de Dallas un conocido gángster interesado en que no pueda hablar, que a su vez fallece poco después de una manera sospechosa en la prisión en que se le recluye y antes de ser juzgado. Aunque Sirham se apresura a declararse culpable —acaso para no seguir la misma suerte de Oswald— con lo que pone fin a las investigaciones en torno al caso, quienes estudian a fondo el suceso afirman su seguridad de que no es ni pudo ser el verdadero autor de los disparos que acabaron con la vida de Bob Kennedy, cuando celebraba en un hotel de Los Angeles su arrolladora victoria en las elecciones primarias de California el 6 de junio de 1968.

Para aclarar todo lo sucedido en torno al asesinato de John F. Kennedy, su sucesor en la Casa Blanca, Lyndon B. Johnson, nombra una comisión investigadora que encabeza al presidente del Tribunal Supremo, Warren. La Comisión Warren tarda varios meses en redactar su informe, luego de interrogar a centenares de personas y unir toda clase de documentos a su dictamen. Esperado con expectación en el mundo entero, el informe queda reducido a un gigantesco parto de los montes. Lejos de aclarar cualquiera de los puntos oscuros existentes, crea una confusión mayor. Lo embrolla todo y no dilucida nada. Algunos comentaristas americanos llegan a decir que más que una comisión investigadora, el grupo que preside



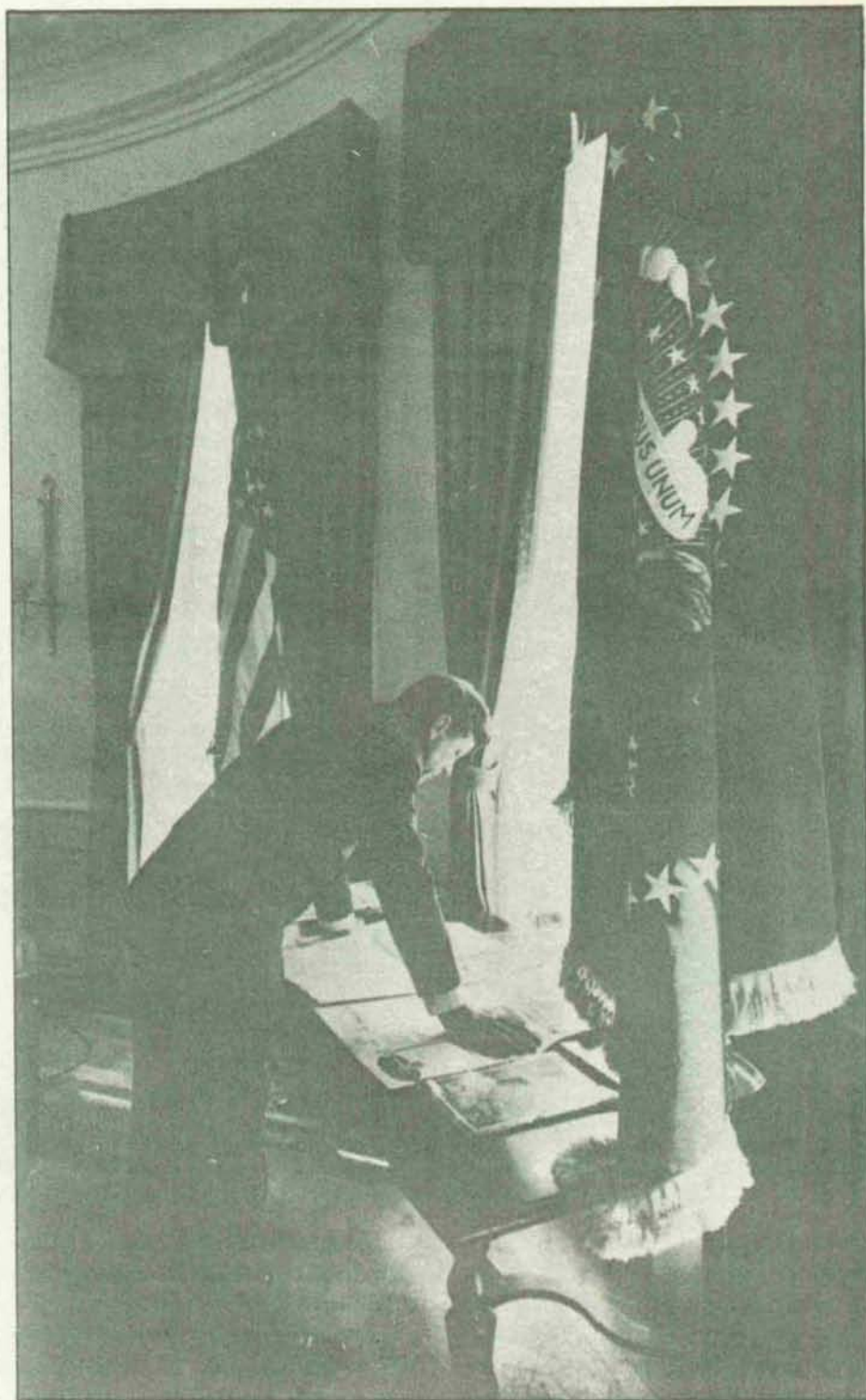
Sam Baron, uno de los dirigentes del sindicato de camioneros expurgados por Jimmy Hoffa, que se convirtió entonces en el «padrino» de la organización.

Warren es una comisión encubridora. Recibe críticas demoledoras, se demuestra palmariamente la debilidad de sus conclusiones y al final resulta que los miles de folios del controvertido informe son otras tantas paletadas de tierra sobre la realidad de lo sucedido en Dallas el 22 de noviembre de 1963.

(Es curioso señalar, aunque sea de pasada, que en España tuvimos hace poco más de cien años un caso extraordinariamente semejante al de la Comisión Warren: el sumario instruido por el asesinato del jefe del gobierno, don Juan Prim, en la madrileña calle del Turco el 27 de diciembre de 1870. También aquí el sumario estuvo abierto durante siete años y los diferentes jueces llegaron a llenar nada menos que 18.000 folios. También aquí se buscó un chivo expiatorio en la persona de Paul y Angulo, una especie de Lee Oswald español, con la diferencia de que éste logró escapar antes de que le prendiesen y, desde Francia, proclamó a gritos su inocencia. Aquí también, por último, aunque los jueces tienen la plena convicción de quiénes son los inspiradores y ejecutores del magnicidio, oficialmente seguimos ignorando quién mató a Prim, luego de que varios de los autores materiales del hecho van siendo eliminados silenciosamente en las cárceles españolas en que se hallan o en los países americanos en que buscan apresurado refugio.)

LA PISTA DE JIMMY HOFFA

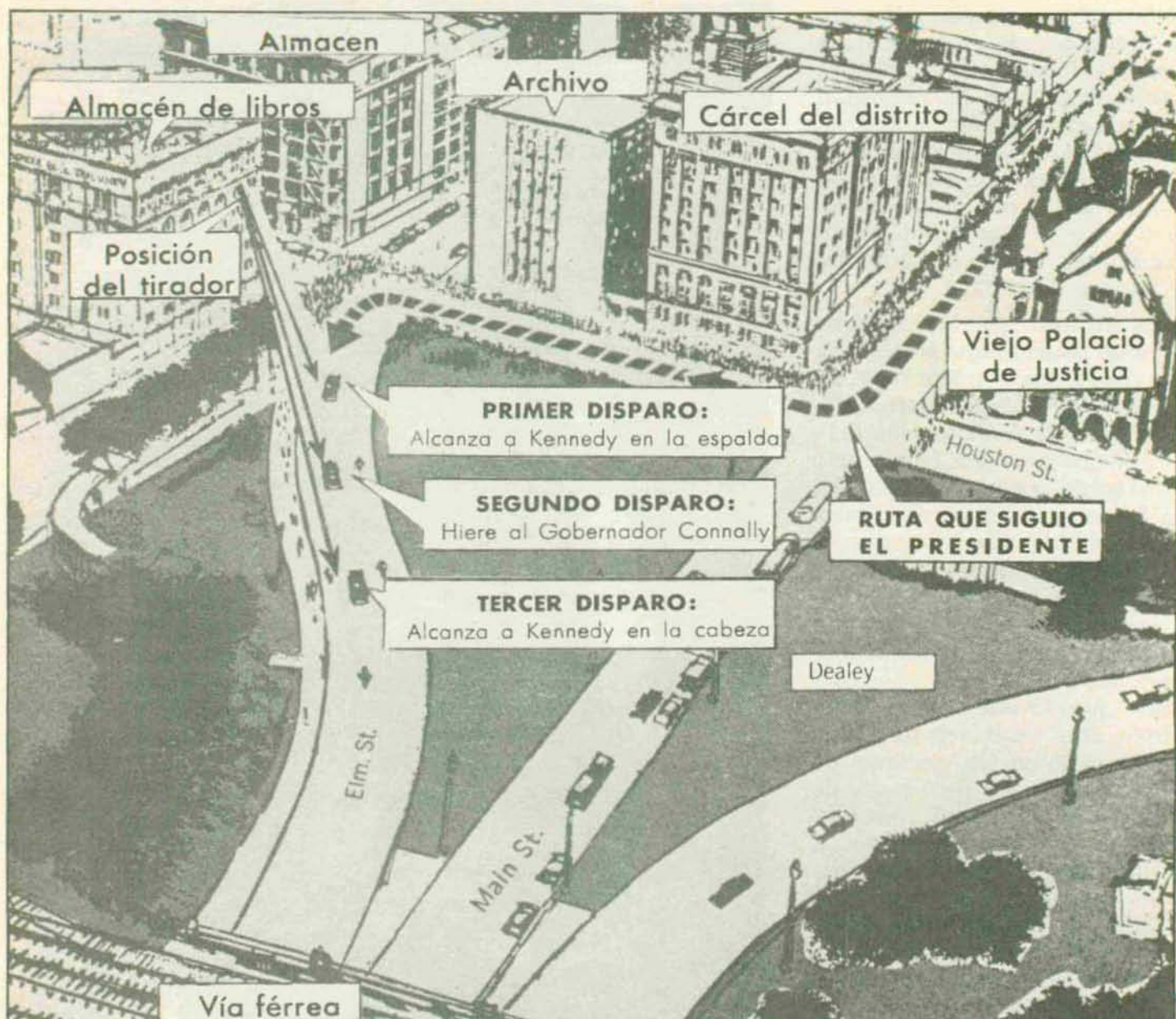
Frente a la falta de claridad del informe de la Comisión Warren y a las dudas surgidas tanto en torno al crimen de Dallas como al de Los Angeles,



A los catorce años de haberse producido, todavía no hay luz suficiente sobre el asesinato del presidente Kennedy, al que vemos en la Casa Blanca.

se han lanzado en estos años múltiples hipótesis más o menos fundadas y verosímiles sobre los asesinatos de los hermanos Kennedy y los posibles beneficiarios de su desaparición. Pero en general todas estas hipótesis —producto casi siempre de largas investigaciones acometidas por grupos de especialistas— resultan más negativas que afirma-

tivas, en el sentido de que son mucho más demoledoras de las conclusiones oficiales de las organizaciones policíacas que indicadoras de los verdaderos culpables. Se ha llegado así a una situación un tanto paradójica: coincidencia casi unánime en cuanto a la carencia de base sólida de las explicaciones dadas hasta ahora y reconocimiento, casi



Croquis del lugar en que se produjo el atentado mortal contra John F. Kennedy, con indicación de los puntos esenciales según el informe oficial.

unánime también, de la existencia de una conspiración o conjura habilidosamente montada para eliminar a John y Robert Kennedy, aunque sin acertar a precisar quiénes planearon y ejecutaron los asesinatos.

Hace dos años, en el verano de 1975, algunos creyeron haber encontrado la pista que podría conducir al esclarecimiento definitivo de ambos crímenes. Creyeron haberla hallado, precisamente, en la desaparición misteriosa de ese Hoffa de tan rabiosa actualidad en estos momentos. El desaparecido, cuyo cadáver continúa sin ser hallado

—aunque existen pocas posibilidades de que no haya sido enterrado en un lugar ignorado o sepultado en un bloque de cemento en lo más profundo del lago Erie—, habría alcanzado amplia notoriedad por su actuación al frente de la International Brotherhood of Teamsters. La I. B. T. es un sindicato de camioneros en que, como sucede en otras organizaciones americanas, una mayoría de personas decentes y honradas están dirigidas, controladas y explotadas por grupos de indeseables de los que no resulta fácil librarse y muchas veces cuesta la vida a quienes tienen la audacia de

intentarlo. Aunque James Riddle Hoffa no es un gángster al estilo típico de los «big-shorts» de los años veinte, nombra, designa, cuando menos tolera, que centenares de individuos con antecedentes policiacos y penales dirijan las secciones locales de los camioneros y destina cientos de miles de dólares a la defensa de los facinerosos cuando son sorprendidos **in fraganti** por la policía en cualquiera de sus fechorías. Aparte de esto, mantiene las más estrechas y amistosas relaciones con Johnny Dio, sucesor y heredero del famoso Lepke —que acabó en la silla

eléctrica— y con Tonny Dick Corallo, figuras destacadas en el Sindicato del Crimen que le proporcionan los **gorilas** precisos para imponer su autoridad sobre los camioneros.

En 1957, mucho antes de que su hermano John llegase a la Casa Blanca, cuando todavía no aparecía siquiera como candidato a la presidencia, se produce el primer choque violento entre Robert Kennedy y Hoffa el Duro. Apenas cumplidos los treinta y dos años, Bob ocupa ya el cargo de asesor jurídico del Senate Labour Rackete Committee, comisión senatorial encargada de investigar la infiltración gangsteril en el mundo del trabajo. Pese a su juventud Robert realiza un trabajo serio y eficaz, denunciando muchas inmor-

lidades y poniendo coto a no pocos abusos. Sus investigaciones le llevan a enfrentarse con la International Brotherhood of Teamsters, que está controlada por los gánsters. Se inicia entonces una dura contienda que se prolonga meses enteros durante la cual ha de combatir, en el curso de dramáticos debates, que son televisados a buena parte de la nación, a tipos duros, violentos, habilidosos marrulleros que creen factible envolverle con sus argucias y destrozarle, pero que terminan por ser ellos los destrozados. Son tales las pruebas aducidas en estos meses por el asesor jurídico del Comité Senatorial que las dos grandes centrales sindicales estadounidenses —American Federation of La-

bour y Congress of Industrial Organizations— se ven obligadas a expulsar de su seno a los «teamsters» y tanto George Meany como Walter Reuther —las dos figuras más sobresalientes del sindicalismo americano— acusan públicamente a James Hoffa y a Dave Beck de estar manejados y utilizados por el crimen organizado. Ambos individuos replican violentamente injuriando a los líderes sindicales y pretendiendo tomar a broma al joven Kennedy.

—¿Eso es un abogado? —vocifera desdeñoso Hoffa—. ¡Pero si ni siquiera ha puesto los pies en una sala de Justicia...! ¿Que cómo pudo conseguir el cargo? Ustedes lo saben mejor que yo. ¡Nepotismo y nada más que nepotismo!



Instante en que Jack Ruby asesina a Lee H. Oswald —presunto autor del atentado a John Kennedy— en la jefatura de Policía de Dallas.

Cuando en el otoño de 1958 Hoffa tiene que declarar ante el Comité Senatorial asesorado por Kennedy, entra en la sala lleno de confianza en sí mismo y en la habilidad de los abogados que le acompañan. Hablando con los periodistas anuncia jactancioso que no recurrirá al viejo truco de no responder a las preguntas que se le formulen amparándose en la enmienda constitucional que permite no contestar a una pregunta cuando la respuesta puede resultar inculpativa. A los pocos minutos de comenzar la sesión tiene que cambiar de parecer y opinión. El interrogatorio, que es retransmitido de costa a costa

por varias cadenas de televisión, constituye la más dura prueba para el Duro Hoffa. Suda, vacila, se rasca pensativo la cabeza, mira a sus abogados en muda demanda de auxilio y acaba simulando una completa amnesia. En un solo día la memoria le falla en ciento once ocasiones. Al final no parece recordar otra cosa que su propio nombre y eso con visible dificultad.

—Todo lo que puedo recordar —dice una vez con aire de triunfo—, y que conste que tengo una memoria excelente, es que no puedo recordar nada de lo que me preguntan.

—Si estos datos concretos no refrescan su memoria —con-

testa severo el senador John L. McClellan, que preside el Comité—, sería necesario un milagro para que recordase algo. Como es evidente que el testigo no tiene ninguna memoria, son inútiles todos los esfuerzos para refrescársela.

Desmemoriado en esta ocasión, Jimmy Hoffa da en otras pruebas fehacientes de tener, efectivamente, una memoria excelente. Hace ya dos años fueron muchos los comentaristas que atribuyeron su desaparición y la casi seguridad de que nadie volvería a verle vivo, a la precisión y exactitud con que podría recordar hechos que a sus colegas de la Combination —uno de los múltiples nombres con que se conoce al Sindicato del Crimen, también denominado Murder Incorporated— interesa mucho que continúen sepultados en el olvido. Y si en 1975 hubo ya quienes aseguraron que lo sucedido en un hotel de Los Angeles en 1968 fue una venganza gangsteril por el descubrimiento diez años antes de su infiltración y control de la Hermandad de Camioneros, en 1977, después de descubrirse la intervención de Richard M. Nixon en la liberación del interfecto, apuntan móviles políticos y monstruosas conjuras político-criminales en la lucha sin cuartel por el acceso a la Casa Blanca.

(Estas relaciones, estrechas muchas veces, entre la alta política y el gangsterismo pueden parecer faltas de todo fundamento a quienes ignoran ciertas extrañas peculiaridades de la vida pública americana. Sin embargo, es un hecho, más que probado ya, que Franklin D. Roosevelt consigue en 1932 la nominación demócrata en la convención de Chicago, gracias al apoyo interesado de la delegación de Nueva York, mane-



Pocos comentaristas dudan de que Jack Ruby —en la imagen, durante su proceso— actuó por cuenta ajena al matar a Oswald. El moriría, también extrañamente, en la cárcel.

jada por Frank Costello; que Harry S. Truman, un perfecto desconocido de Independence, se convierte en senador USA primero y en presidente de la nación después, merced a la protección y ayuda del poderoso «boss» de Kansas City, Tom Pendergast, que morirá en presidio, y que Thomas E. Dewey es derrotado en dos elecciones presidenciales: en 1944 por ordenar la ejecución de Luis «Lepke» Buchalter; y en 1948, por haber puesto en libertad a Lucky Luciano, a quien él mismo condenase a treinta años de cárcel en 1934.)

JACK RUBY, PIEZA CLAVE DEL ENIGMA DE DALLAS

Quienes hace dos años, a raíz de la desaparición de James Riddle Hoffa y especialmente ahora —luego de enterarse de la forma en que Nixon concedió su libertad en 1973—, creen haber hallado pistas positivas acerca de los verdaderos autores y beneficiarios del asesinato de los dos Kennedy, esgrimen argumentos y razones de indudable peso y lógica. Empiezan por señalar que, pese a ser tan confusas y contradictorias las informaciones divulgadas por la Policía de Dallas en relación con el atentado del 22 de noviembre de 1963 que cuesta la vida al trigésimo Presidente de los Estados Unidos y tan turbio y sospechoso el comportamiento de quienes en la ciudad tejana debían velar por el cumplimiento de la ley y el castigo del crimen, hay dos hechos incontrovertibles. Primero, que la culpabilidad de Lee H. Oswald parece tan dudosa que a los dos días de su detención la Policía no ha llegado a culparle del magnicidio, según afirma el interesado en el único segundo que puede hablar precipitada-

mente con los periodistas. Segundo, que el individuo que lo asesina, John Rubinstein, más conocido por el apodo de Jack Ruby, es un gángster notorio y declarado, pese a lo cual goza de tal influencia en la Jefatura de Policía que puede entrar y salir de ella con todo desembarazo y sin ser molestado por nadie, con una pistola en el bolsillo; que mata a Oswald con absoluta tranquilidad delante de cincuenta agentes de la autoridad y ni en el momento de perpetrar el crimen ni en la lógica confusión posterior sufre el más mínimo daño por parte de los policías, nominalmente encargados de la custodia y protección del detenido.

Con todo, lo más significativo del caso es que Jack Ruby —que tras asesinar a Lee para impedirle decir una sola palabra, fallece misteriosamente en la prisión en que le encierran— aparece como miembro de segunda fila, pero activo e influyente, de lo que en Norteamérica se conoce como Sindicato del Crimen. En Chicago primero y en la misma Dallas después ha sufrido numerosas detenciones por sus ilícitas actividades. Trafica en drogas, explota las apuestas y el juego, es dueño de varias salas de fiesta y se dedica en todo momento a una lucrativa industria denominada «protección» con el más sangriento de los sarcasmos. No es un simple descuidero, porque maneja muchos miles de dólares, lleva una vida principesca y tiene grandes amistades en la policía y la política locales. Sobre todas las cosas es una figura decisiva entre los «teamsters» de Tejas, donde ha sido enviado precisamente por el Jimmy Hoffa a quien Nixon pondrá en libertad diez años después. Ruby interviene en negocios de transporte por carretera y durante años ejerce un control

riguroso sobre la sección de Dallas de la International Brotherhood. Es, a fin de cuentas, uno de los muchos forajidos que gracias al amparo y complicidad de «Tough Hoffa» dominan la organización, según denuncia y prueba Robert Kennedy siendo asesor jurídico del Senate Labour Racketts Committee.

Como se reconoce ahora, cuando acontecimientos recientes pueden aclarar no pocos enigmas del pasado, la verdadera personalidad de Ruby, que la policía de Dallas silencia en 1963 y a la que la Prensa no concede entonces la importancia que realmente tiene, no sólo explica la extraña conducta del sujeto en cuestión, sino que implica la participación eficaz y directa del Syndicate en la conjura que tiene como objetivo y finalidad la eliminación física de John F. Kennedy. En efecto, hasta las personas más ingenuas tienen que convenir en que Ruby asesina al presunto culpable del atentado, no movido por nobles ideales de ninguna clase, sino pura y simplemente para impedirle hablar. Si efectivamente Oswald ha disparado contra el presidente, para que él no pueda delatar a quienes le impulsan, ayudan y pagan por perpetrar el magnicidio. Si, como sucesivas investigaciones parecen haber demostrado, Oswald es inocente y no pasa de ser un chivo expiatorio escogido en virtud de sus antecedentes políticos, para que no pueda defenderse. Los muertos no hablan, y Lee no podrá rechazar ninguno de los cargos que se le imputan; pasará por el auténtico asesino, puesto que la policía tiene el máximo interés en que aparezca como tal para enterrar definitivamente el turbio asunto.

En uno u otro caso, Jack Ruby se comporta de absoluta conformidad con las normas es-

tablecidas por el Sindicato del Crimen. A lo largo de su medio siglo de existencia suman centenares los posibles testigos inmolados por la organización para impedirles despegar los labios. Todo el que puede decir algo peligroso para sus actividades o la seguridad personal de cualquiera de los «bosses» cae acribillado a balazos, aunque se esconda en el centro mismo de la tierra. Y no se trata de una fantasía novelesca, cinematográfica o televisiva, porque son muchos los que, como el mismo Oswald, perecen dentro de una cárcel o una jefatura de policía. El antecedente más claro y elocuente, conforme puntualizan estas semanas diversos periódicos y periodistas americanos, es la muerte de un famoso forajido llamado Abe «Kid Twist» Reles —denunciador de los asesinatos por contrato del siniestro Murder Incorporated—, que, protegido día y noche por un capitán, un sargento y dieciocho detectives en el último piso de un hotel neoyorquino, resulta asesinado en noviembre de 1941, sin que al cabo de los treinta y seis años transcurridos desde entonces se sepa quién es el policía o los policías que le arrojan por una de las ventanas.

Los mismos comentaristas rechazan de plano la posibilidad de que Ruby pueda actuar por motivos de índole personal al disparar contra Oswald. Desde el día lejano de su constitución el Syndicate impone una férrea disciplina entre sus secuaces. Nadie, sea quien fuera y por poderosas razones que pueda alegar, goza de autoridad para actuar con total y absoluta independencia; quien lo olvida, no vive lo suficiente para arrepentirse. Cualquier paso o medida capaz de suscitar el más mínimo escándalo, alarmar a la opinión, provocar una campaña



6 de junio de 1968: el candidato a la presidencia Bob Kennedy cae abatido por las balas en un hotel de Los Angeles. Tampoco este crimen se ha esclarecido realmente.

de prensa o crear dificultades al grupo, ha de ser examinado y aprobado por los jefes de éste. No ya atentar contra el presidente de la nación, sino dar una simple paliza a un periodista demasiado entrometido y curioso, requiere el «O.K.» previo del jerarca correspondiente. Un ejemplo demostrativo lo proporciona el célebre asesinato de Dutch Schultz, uno de los integrantes del Comité Directivo de la Combination. Cuando Thomas E. Dewey —al que su campaña contra el gangsterismo le vale pasar rápidamente de fiscal de Manhattan a gobernador de

Nueva York y candidato a la presidencia de la república en nombre del partido republicano— persigue a fondo los «racketts» neoyorquinos, Dutch propone a sus colegas de Murder Incorporated la eliminación de su implacable enemigo. Tras larga deliberación, los jefes del crimen deciden que sería contraproducente por el escándalo que provocaría el asesinato. Schultz se somete al parecer de la mayoría, pero basta la remota posibilidad de que pretenda actuar por cuenta propia para que sus amigos decidan la muerte de Dutch,

que se ejecuta a las pocas horas, pese a la destacada posición del gángster judeoalemán dentro de la criminal organización. Igual suerte corren en años sucesivos y por motivos semejantes sujetos tan destacados en el gangsterismo americano como Bubgy Siegel en California, Willia Moretti en New Jersey y Albert Anastasia en Nueva York.

LAS RAZONES DEL SYNDICATE

Todos convienen ahora en que la muerte de Kennedy en 1963 tenía que tener —y tuvo— mayor trascendencia que pudo tener la de Dewey unos años antes. En ningún caso, Jack Ruby habría hecho absolutamente nada sin un mandato expreso de la organización. Pero ¿qué razones pueden inducir al Sindicato del Crimen a participar u organizar un magnicidio capaz de encender en justificada indignación a la opinión pública americana? Un viejo aforismo jurídico aconseja, ante cualquier hecho delictivo cuyo autor se desconoce, preguntarse a quién beneficia. En el atentado de Dallas, Murder Incorporated puede beneficiarse de dos maneras: o cobrando una cantidad fabulosa de los empresarios del atentado a cambio de los servicios de sus especialistas, o corriendo la Combination con todos los riesgos y dando por seguro que las ganancias superarán con mucho todas las pérdidas imaginables.

Una ligera reflexión basta a los comentaristas americanos para descartar la primera hipótesis. Desde hace largos años, desde que en los años treinta, en el período álgido de la segunda crisis mundial, los gángsters de la Prohibición unieron sus «ganancias» y re-

curros para invertirlos a través de personas interpuestas y compañías de inversión en toda clase de negocios lícitos, el Syndicate es económicamente más fuerte que cualquiera de los grupos llamados de presión. Sus «industrias» les reportan ingresos muy superiores a las grandes empresas fabriles y les permiten una participación decisiva en las diversas actividades económicas no sólo nacionales, sino internacionales. Por enorme que fuese la recompensa ofrecida por una organización o tendencia política o financiera determinada, resultaría ridícula frente a lo que ellos arriesgarían en la aventura. Como no existe quien pueda comprarles para embarcarles en un asunto en que peligrarían sus gigantescos intereses, resulta forzoso que el propio Murder Incorporated sea —como en tantas otras ocasiones, casi todas en definitiva— el empresario de su propio crimen. (Lo cual no impide que procure obtener, paralela y adicionalmente, sustanciosas ventajas en metálico o en influencia política de aquellas tendencias o personas a quienes indirectamente beneficia sus criminales conjuras.)

Necesita hacer cargar a otros con las posibles consecuencias desagradables del magnicidio en perspectiva y estudia el plan con toda la calma y la frialdad precisas, trazándose un camino inteligente y maquiavélico. Elige con todo cuidado el escenario, el momento, las circunstancias e incluso los aparentes protagonistas, a fin de que la indignación general y el peso de la ley no caiga sobre sus hombros, sino sobre los de quienes parezcan tener en el atentado un interés y un motivo más claro, directo y poderoso que la misma Murder Incorporated. Extremando su habilidad no tardan en hallar dos para-

rrayos distintos, cada uno de los cuales basta para atraer sobre sí las centellas desencadenadas por la tragedia, desviándolas de los verdaderos responsables. Uno, el primero, es Lee H. Oswald, un tipo exaltado, vehemente y un poco desequilibrado, que tiene la inapreciable ventaja de ser el único fichado por el F.B.I. como activo y peligroso comunista en toda la comarca de Dallas. Al presentarle como autor del magnicidio, las gentes darán por descontado que obra por mandato de Rusia o Cuba y la pasión y el odio ofuscarán todas las mentes. El segundo pararrayos, necesario para caso de fallar el primero por razones imprevistas, es la intolerancia racial. En Texas, como en todos los antiguos estados confederados, las pasiones están al rojo vivo; el Ku-Klux-Klan y otras organizaciones reaccionarias desarrollan una violenta campaña contra la integración. La Ley de Derechos Civiles, propugnada y defendida por Kennedy, le convierte en blanco de todas las iras sudistas. Algunos demagogos hablan públicamente de recurrir a las armas y en vísperas de la visita del presidente, en Dallas se reparten millares de octavillas insultándole groseramente. Existe, pues, un clima ideal para justificar el asesinato, atribuyéndolo a un grupo de fanáticos enloquecidos por el odio. Cuando se divulgue la noticia del magnicidio no costará mucho trabajo hacer suponer al mundo que es consecuencia directa de la intolerancia racial o último coletazo de la reciente y dramática crisis de los misiles cubanos.

Nada de esto ofrece la menor duda a los investigadores americanos que desde hace unas semanas vuelven a especular sobre la forma en que los verdaderos responsables del crimen desviaron hacia otros

las sospechas y responsabilidades del hecho. Pero ¿qué motivos tiene o puede tener concretamente el Sindicato del Crimen para decidir la desaparición de John F. Kennedy? La respuesta es clara. De un lado, la actitud decidida, inteligente y enérgica del Attorney General —ministro de Justicia—, su hermano Robert, resuelto a terminar de una vez con la nefasta influencia que el gangsterismo ejerce en la vida, la política y la economía americana. De otro —y fundamental—, las reformas financieras propuestas por el propio presidente, entre las cuales sobresale la investigación a fondo de las pretendidas fundaciones benéficas de las grandes corporaciones bancarias o industriales. Como nadie ignora, los millones destinados a obras culturales, de investigación, de asistencia pública o de simple beneficencia se descuentan de los beneficios declarados por las sociedades anónimas o los simples particulares, siempre que la fundación a que se destinan esos fondos no persiga fines utilitarios. Es una medida lógica y conveniente que ha contribuido a aminorar considerablemente los gastos públicos y a elevar el nivel científico y cultural de la nación. Por desgracia, mucha gente burla la ley y traiciona su espíritu, aparentando destinar parte o la totalidad del dinero que debe pagar al Tesoro a obras benéficas cuya existencia resulta más que dudosa, quedándose con él en definitiva.

Una severa revisión de las disposiciones vigentes que permitiera verificar la efectividad y cuantía de los «donativos altruistas», pondría en el mayor aprieto a gran número de desaprensivos que irían de cabeza a la cárcel, mientras no pocas sociedades se verían al borde de la quiebra al tener

que abonar de golpe las cantidades defraudadas al Fisco por espacio de muchos años. Como el crimen organizado lleva varios lustros manejando millones de dólares que invierte donde mayores dividendos le reportan; como falsear declaraciones de utilidades y eludir el pago de impuestos más que excepción constituye norma obligada de sus secuaces, de aprobarse la legislación propuesta por Kennedy, la mayoría de sus jerarcas —que hoy pasan por honorables caballeros dedicados a la explotación de negocios decentes— tendrían que cambiar sus confortables residencias por las celdas presidiarias de Atlanta, Dannemora o Leavenworth.

LA SEGUNDA PARTE DE LA CONJURA

Quienes ahora, casi tres lustros después de la tragedia de Dallas, sostienen esta nueva e indudablemente lógica versión de la muerte de John F. Kennedy, afirman que la maquiavélica operación montada por el Syndicate da entonces los frutos apetecidos. Resulta indudable, desde luego, que nadie piensa en los primeros momentos en acusar al gangsterismo americano de participar en la conjura, ni siquiera después de que Jack Ruby matase —en un «arrebato de patriótica indignación», como algunos escribieron en 1963—, a Lee H. Oswald. Parecía tan clara la filiación comunista del individuo asesinado en la jefatura de policía, estaba tan reciente la crisis cubana y había tantos y tan poderosos interesados en resucitar los peores momentos de la guerra fría, que una mayoría del país aceptó sin más la hipótesis de una conjura de elementos comunizantes. Luego, la Comisión Wa-

rren, con sus demoras en emitir dictamen y las confusiones y ambigüedades de su información, echó toneladas de tierra sobre el asunto. Y, por último, Lyndon B. Johnson, sucesor de Kennedy —tejano de nacimiento y ultraconservador en política—, aguló considerablemente la política de integración racial de su antecesor en la Casa Blanca y dio por entero al olvido la anunciada investigación escrupulosa de los fondos benéficos de las grandes empresas capitalistas.

Durante los cinco años siguientes, el Syndicate no tiene grandes motivos de preocupación. Las campañas contra la corrupción y el crimen organizado no sobrepasan los niveles habituales, y ni se aprueban nuevas leyes que pongan en peligro sus intereses ni se inician persecuciones a fondo contra sus secuaces como las que siguieron al descubrimiento de Murder Incorporated o la investigación senatorial de Kefauver. Todo queda reducido a los pequeños escándalos suscitados de vez en cuando por las sensacionales revelaciones de algún «gángster parlanchín» que —como el famoso Joe Valachi en 1966— se limita a descubrir lo que todo el mundo está cansado de saber y que nada puede perjudicar a sus colegas y jefes.

En 1968 el peligro retorna de golpe, considerablemente intensificado. Robert Kennedy, el hermano de John, que abandonó el Departamento de Justicia poco después de la tragedia de Dallas, aspira a la presidencia de la nación con un programa radical en que la investigación de los fondos benéficos y la lucha contra la corrupción política figuran en primerísimo plano. En principio, el Sindicato del Crimen no le concede demasiada importancia, confiando en que

su influencia sobre la «**politic machine**» y los grandes caciques del partido demócrata le barran de la escena en las elecciones primarias. Pero, contra sus deseos, Bob Kennedy se va imponiendo arrolladoramente en todos los comicios.

A finales de mayo no es sólo el candidato demócrata indiscutible, con una aplastante mayoría de votos sobre el senador Humphrey, sino el trigésimo séptimo presidente americano con su segura victoria en el próximo noviembre sobre el candidato republicano Richard M. Nixon. Hay que cortar como sea el peligro que representa, y el 6 de junio, cuando en un hotel de Los Angeles está celebrando su triunfo en las primarias de California, cae asesinado. El criminal en esta ocasión es un palestino de nombre Sirham, que guarda demasiadas semejanzas con Lee Oswald para

que sean enteramente causales. No obstante, han de transcurrir siete años largos hasta que la desaparición y probable asesinato en Detroit de James Riddle Hoffa, el gángster explotador de los «**teamsters**», puesto en la picota muchos años atrás por el menor de los Kennedy, empiece a señalar con claridad la decisiva participación del Sindicato del Crimen en los asesinatos de Dallas y Los Angeles.

¿QUE PAPEL JUEGA RICHARD NIXON?

Las sensacionales revelaciones de la revista «**Time**» introducen una variante de considerable importancia en los hechos. Resulta cuando menos extraordinariamente sospechosa la relación del entonces presidente Nixon con un gángster que juega un papel en la tragedia de Dallas. El dinero que recibe y la libertad

que le concede obligan a plantearse los hechos bajo una nueva luz. No cabe duda que los intereses del Syndicate y los del presidente depuesto coinciden en la hostilidad hacia los Kennedy. Contra John, porque le derrota en 1960, impidiéndole de momento el acceso soñado a la Casa Blanca; contra Robert, porque, de no haber sido asesinado en 1968, el político californiano habría vuelto a ser vencido por el poderoso clan bostoniano. Y si hace nueve años hubiera sido impensable su participación en una conjura siniestra, ahora, después de revelar su verdadera catadura en el asunto de Watergate, caben las mayores dudas, aunque habría de ser extraordinariamente difícil que algún día se llegue a hacer plena luz en los asesinatos de John y Robert Kennedy. Ahora, como en 1963, hay demasiados intereses por en medio. ■ **E. de G.**



Ante las cámaras de televisión, Nixon muestra las famosas cintas del Watergate. Este «**affaire**» aclararía la auténtica catadura del primer presidente depuesto en los Estados Unidos.